

Un libro no para defender a Cuba, sino para defendernos de la mentira

Pascual Serrano

Durante muchos años la solidaridad y la cooperación ha ido destinada a colaborar en la mejora de las condiciones de los pueblos o manifestar nuestro apoyo a sus levantamientos. Sucedió durante la década de los ochenta y noventa con las brigadas a Nicaragua o a El Salvador o incluso las brigadas a Cuba. La situación ha cambiado en los últimos años en lo referente a América Latina. La decisión y capacidad de los gobiernos de la región para recuperar sus recursos naturales ha desencadenado que ahora nuestra solidaridad en términos de ayuda económica o fuerza de trabajo manual no sea lo más importante. Por otro lado, con el desarrollo de las comunicaciones el mundo se ha hecho pequeño, de forma que la opinión pública internacional se ha mostrado como uno de los grandes poderes mundiales.

En estos momentos cualquier operación de injerencia destinada a derrocar a un gobierno legítimo debe contar con un cierto nivel de aceptación entre la comunidad internacional. Lo preocupante es que esto no es muy difícil de lograr con los actuales sistemas de control y poder sobre la información, y los métodos tan exhaustivos y desarrollados que se manejan para dominar las mentes.

Estas dos circunstancias, gobiernos soberanos en Latinoamérica y poder de la opinión pública internacional, provoca que la solidaridad más necesaria hoy sea la de intervenir en esa opinión pública. Intervenir para enfrentar las operaciones de mentiras y tergiversaciones a las que se ven sometidos todos los movimientos y gobiernos que se enfrentan al *establishment* mundial.

Todo esto ha sido comprendido por muchos colectivos y así se explica que a partir de asociaciones de solidaridad como Euskadi-Cuba, nazcan proyectos como Cubainformación, destinado a acercar la realidad de Cuba a los ciudadanos y plantar cara a ese consenso, esa conjura mediática que existe en los grandes medios de comunicación contra Cuba. De ahí este libro y su título, *Conjura contra Cuba*, que busca desmontar todo el andamiaje de patrañas que se han creado en torno a la revolución cubana.

Son muchas las peculiaridades de esa conjura contra Cuba. Voy a destacar algunas matrices generalizadas que me resultan curiosas:

1. Si se observa, cuando algo no funciona en el capitalismo se dice que hay que invertir más dinero en ello o que es necesario cambiar a ese ministro o a ese presidente, pero nunca se afirma que el capitalismo no funciona. En cambio, cuando algo no va bien en Cuba, inmediatamente se señala que el socialismo no funciona, el sistema en su totalidad no sirve. Cuando se producían los apagones en California o morían miles de personas en Nueva Orleans tras el huracán Katrina por la falta de prevención y caos en el sistema de rescate, nadie se replanteaba el capitalismo. Que hoy existan bajo el capitalismo 766 millones de personas sin servicios de salud, 120 millones sin agua potable, 842 millones de adultos analfabetos (21 de ellos en Estados Unidos), 158 millones de niños que sufren desnutrición y 110 millones que no asisten a la escuela, no son datos que les hagan concluir que el capitalismo no funciona. Incluso después del derrumbe del sistema financiero hablan de reformar –sólo reformar- el sistema

capitalista. En cambio, cuando en Cuba hay apagones durante varios veranos consecutivos o una crisis en la producción agrícola, no nos dicen que haya que mejorar el sistema eléctrico o la agricultura, sino que hay que abandonar el socialismo.

2. Otro patrón mental es mantener siempre la imagen de que en Cuba está pendiente una transición. El pasado mes de marzo en una tertulia en el canal CNN Plus, aunque se suponía que había un crítico y un defensor de la revolución cubana, la discusión giraba en torno a cómo y cuándo se debían iniciar esos procesos de cambio. Yo nunca encuentro debates sobre transiciones en Honduras, Haití o Colombia, y bien que les haría falta transitar hacia otra situación.

3. Existe también una respuesta hacia los que defendemos el socialismo y la revolución cubana cuando intentan zanjar la discusión: “Pues vete a Cuba, ¿qué haces que no te vas a vivir allí?”. Es curioso, porque a quien dice que en Suecia funciona mejor el sistema sanitario no se le responde que se vaya a vivir a ese país, ni al que afirma que en Inglaterra son más puntuales que en España se le espeta que se vaya a vivir a Londres. Yo cuando mi interlocutor me dice que la investigación estadounidense es mejor que la española no le digo que se vaya a Estados Unidos, o le discuto su afirmación o propongo que mejoremos la de España. Este doble rasero se observa también en que quienes más acusan a Cuba de falta de elecciones –algo que no es verdad– son los mismos que también llaman dictador a Hugo Chávez, a sabiendas de que Venezuela es el país donde más elecciones se están convocando.

4. Cuando algún miembro de un gobierno europeo viaja a cualquier país no se genera un debate político y mediático en torno a si se ha reunido con la oposición o si ha hablado con el otro gobierno de derechos humanos. En cambio, ese es el asunto que domina la discusión cuando se encuentra algún ministro de nuestros países con el gobierno cubano.

5. Una prueba, por ejemplo, del sistema dictatorial cubano –dicen– es que un criador de langostas tiene prohibido comerse una de ellas o que un conserje de un hotel tiene prohibido alojarse en ese mismo hotel (esto último ya no es verdad). Yo quiero preguntar qué camarero de una marisquería de Madrid o París gana suficiente dinero para ir un sábado por la noche con su familia a cenar a esa marisquería, o qué albañil de los que construye chalets adosados en un barrio residencial de una ciudad europea o en primera línea de costa podrá comprarse una de esas viviendas que él está construyendo. Hay que explicar que el cubano no se puede comer la langosta porque con ella un turista paga un dinero que sirve para que todos los niños menores de siete años tengan garantizada gratis la leche. Ahora pensemos la razón por la que no se la puede comer el camarero europeo: porque su sueldo es miserable para que el dueño del restaurante tenga un gran coche y una gran casa.

Este libro intenta desmontar una gran cantidad de bulos y trapacerías que se manejan contra Cuba. Como cuando dicen que EEUU está lleno de exiliados cubanos y resulta que luego van a pasar las vacaciones a Cuba. Es el único caso de exiliados que van todos los años a veranear al país que les persigue. O que se reprime a los homosexuales mientras se ha aprobado una ley que permite el cambio de sexo gratuito, se autorizan las bodas de homosexuales y en la televisión pública arrasa en audiencia una telenovela con esa temática.

O que Fidel Castro es millonario porque entre sus propiedades tiene un palacio de Convenciones donde se celebran congresos, hay que ser un millonario bastante absurdo para gastarse el dinero en un palacio de congresos en lugar de un yate.

Cuba es el único país del mundo donde una manifestación contra el gobierno de veinte personas es cubierta por todos los medios internacionales y una de millón y medio de cubanos que apoyan a su gobierno es silenciada.

Desde las primeras páginas, en este libro se deja claro que no se pretende convencer a nadie de que Cuba es el paraíso y que en ese sistema no hay errores, deficiencias y problemas. Lo que sí buscamos es denunciar el doble rasero con respecto a otros países cuando se informa sobre Cuba, los silenciamientos hacia sus logros, las mentiras para desprestigiarlos y el apagón informativo al que someten a su gobierno, las organizaciones de solidaridad o los intelectuales que se han comprometido con los valores de esa revolución. Pero es que los problemas de Cuba son más solucionables desde la racionalidad que en el capitalismo. Veamos. En Cuba faltan viviendas, el gobierno cubano sabe que la solución es construirlas, en la medida en que se logren los recursos para importar los materiales necesarios o la capacidad de producción dentro del país se podrá ir mejorando la situación, ya han comenzado a ello. En España los jóvenes no tienen el dinero necesario para acceder a una vivienda, pero hay tres millones vacías, nuestro gobierno tiene claro que no se van a repartir, iría contra el modelo capitalista, por tanto no se sabe cómo resolver el problema, o no tiene solución dentro del capitalismo. En Cuba hay un mal sistema de transportes, el gobierno sabe que la solución es comprar autobuses o construir trenes para que los ciudadanos puedan desplazarse, y lo está haciendo con la ayuda de China y Brasil. En cambio, las ciudades Madrid, Roma, México DF o Caracas están colapsadas por los vehículos privados, ningún gobierno se atreve a prohibir la circulación de coches particulares para solucionar el tráfico. En Cuba, aunque se garantiza el suministro calórico, faltan alimentos, la solución es buscar métodos para incentivar a agricultores y ganaderos. En Europa multan al ganadero que produce mucha leche y pagan al viticultor que arranca las viñas. Es evidente dónde está el sentido común y donde no.

En este libro no hemos evitado buscar la verdad sobre todos los temas controvertidos con los que habitualmente se fustiga a Cuba: los derechos humanos, los opositores, la emigración, Internet, la situación económica, las elecciones. Hemos entrevistado a cubanos, especialistas y muchos de los asuntos los hemos vivido personalmente, como son las elecciones o la austeridad de sus gobernantes.

Pero este libro no lo hemos escrito para defender a Cuba, sino para defendernos a nosotros de la mentira. Porque es importante saber que cuando los medios proyectan una imagen falsa sobre la situación de un país, a quien están engañando no es a los habitantes de ese país, sino a nosotros. Y, o aprendemos a defendernos o estaremos perdidos.